

lágrimas? Es posible que mi corresponsal llevase inconscientemente a aquel hospital a su amiga enferma. Es posible que el llanto de antaño no tuviese en realidad nada que ver con el edificio que contemplaba la muchacha. Pero no podemos admitir ambas posibilidades. Tendría que ser una u otra. Y, en mi opinión, ninguna es probable. Desde el seno de la experiencia, aquello tenía todas las trazas del FIP, y creo que mi corresponsal tiene razón.

Me referiré ahora a una carta cuidadosamente detallada, demasiado extensa para reproducirla, de un hombre que en su niñez y adolescencia padeció ataques que duraban un día, aproximadamente, dejándole postrado, con cegadores dolores de cabeza y náuseas. Acostado en una habitación a oscuras, hacía el término de cada ataque, experimentaba una especie de pasaje «a través de una sucesión de colores, tan vívidos que hacían daño...», los rojos, azules, verdes y púrpuras se mezclaban y ondulaban, luego se separaban y parecían sumergirle en la intensidad de su resplandor. En ese momento, cada vez, se sentía plenamente despierto y vomitaba, tras lo cual dormía larga y profundamente, para despertarse descansado y completamente repuesto.

Años más tarde, en el curso de la segunda guerra mundial, se encontraba en Malaya sirviendo en la R.A.F. Los aviones de combate japoneses atacaron un convoy en el que viajaba él a través de las montañas. Todos recibieron la orden de dispersarse por la selva que los rodeaba. «Al irrumpir en aquel verde laberinto—me cuenta—, vi una pequeña quebrada a mis pies, ocupada por ametralladores australianos. Un avión japonés descendió mucho, parecía perseguirme con un propósito personal, y yo me zambullí en la seguridad de aquella quebrada. En aquel preciso instante, el mundo estalló en un infierno de color. Todas las dentadas esquirlas de rojo, azul, verde y vívida púrpura me alcanzaron, me sumergieron y me arrojaron entre los ametralladores.»

Una bomba había hecho explosión a sus espaldas y le había lanzado a la quebrada. Lo primero de que se dio cuenta después fue de que estaba vomitando violentamente. Más tarde fue hecho prisionero. Pero nunca más volvió a padecer los antiguos ataques, a ver los brillantes y amenazadores colores y a vomitar después.

Los primeros hechos se convirtieron en un

complicado presagio de lo que sucedió en Malaya. Casi fueron como un ensayo previo. Ahora bien, podemos decir que el efecto de aquellos minutos en la selva fue tan poderoso, que igual que le obsesiona ahora, mucho tiempo después del acontecimiento, así le obsesionaba mucho tiempo antes del mismo. La explosión, por así decir, se produjo en dos diferentes direcciones del Tiempo. Pero en una de ellas, la improbable del futuro hacia el presente, la explosión le afectó mucho más intensamente. Ahora recuerda, sin duda con toda claridad, el torbellino de colores y el vómito subsiguiente; pero mucho tiempo antes de aquel acontecimiento, cuando padecía los ataques en su infancia y adolescencia, veía los colores y luego vomitaba.

Además, si los ataques siempre habían de terminar así, reproduciendo con mucha antelación lo que sucedería en Malaya, podríamos decir que los ataques mismos, con sus síntomas biliosos y de jaqueca, eran una especie de excusa y composición anticipada de lo que sería el final, la reproducción previa del efecto de aquella bomba en Malaya. Digamos que a uno le tienen que enviar a casa desde el colegio, en 1931, para sufrir jaquecas y náuseas en una habitación a oscuras, con objeto de que uno pueda experimentar el efecto de un estrechísimo quiebro a la muerte, en 1942.

Veamos otra carta, que tampoco pertenece a ninguno de los montones que forman las de los sueños precognoscitivos. En julio de 1958, la autora de esta carta dejó su casa, en los Midlands, para efectuar una visita de unos días a una amiga de Londres. Durante los maitines en St. Martins-in-the-Fields, empezaba a llorar inconteniblemente, sin que pudiera explicarse la causa ni a sí misma, ni a su amiga. Dos días después, en el tren que la llevaba desde Euston a su hogar, se sorprendió llorando desconsoladamente, pero esta vez con una sensación de presentimiento. Al ver en la estación a su esposo y su hijo, que la esperaban, tuvo la certeza de que, de algún modo, su creciente aflicción tenía que ver con su hijo. «Tres semanas más tarde—prosigue—aquel hijo mío, inteligente, cariñoso y entrañablemente querido, cayó enfermo y murió al cabo de cinco meses. Tenía diecinueve años.»

Lo que sigue en la misma carta no es el FIP que está en mi mente, pero vale la pena reproducirlo. «Al tercer día de su enfermedad, me

dijo: «Un perro va a ladrar desde muy lejos.» Unos segundos después, percibí el primero y débil ladrido que llegaba a través de los campos. No había transcurrido un cuarto de minuto, cuando me dijo: «Algo va a caerse en la cocina, y la puerta del centro va a cerrarse de golpe.» Al cabo de unos segundos, mi tía, que estaba trajinando en la cocina, dejó caer unas tijeras sobre los baldosines, y la puerta del centro se cerró de golpe. El médico llegó poco después, y, frescos en mi memoria los detalles de lo sucedido, se lo conté. Me dijo que no tenía conocimiento de que semejante cosa hubiera ocurrido antes, pero era evidente que el cerebro de mi hijo trabajaba anticipándose al tiempo.»

En docenas de estas cartas, se habla de experiencias «anticipándose al tiempo». Alguien entre dormido y despierto ve u oye algo; entonces presta la debida atención y descubre que ese algo no está ocurriendo, no ha ocurrido, pero ocurre dentro del minuto siguiente. Yo mismo he conocido estas experiencias, casi siempre en ocasión de estar dormitando durante el día, a menudo mientras permanecía acostado en la cama de un hotel al final de un largo viaje.

Lo que el muchacho dijo a su madre, sin embargo, sugiere una experiencia completamente distinta. Le anuncia que un perro va a ladrar, que algo va a caerse en la cocina, que determinada puerta va a cerrarse de golpe. Ahora bien, si ya ha oído tales ruidos, ¿cómo sabe que su madre no los ha oído todavía, pero los oirá? (El hecho de que tales ruidos carezcan de importancia en sí mismos, parece a mi mente que aumenta, no disminuye, el valor de la escena. Explicaré esto cuando volvamos a los sueños precognoscitivos.) Si no ha oído los ruidos, pero tiene conocimiento de que, dentro de unos segundos, serán oídos, ¿qué forma adopta ese conocimiento? O, dichos de otro modo, ¿cómo sabe que existe una diferencia entre su tiempo y el de su madre? No dice: «Un perro ladra muy lejos», dejando que su madre descubra, cuando oye los ladridos, que el tiempo de su hijo va por delante del suyo. No; lo que le dice es que va a oír ladrar a un perro.

Esto sugiere que el muchacho, de uno u otro modo, tiene conciencia de dos tiempos: el suyo y el de su madre. Si, para utilizar la frase del médico, su cerebro trabaja antici-

pándose al tiempo, también trabajaba no anticipándose al mismo, porque de otro modo no podría decir a su madre no lo que esta está oyendo, sino lo que va a oír. Sabe positivamente que va, digamos, quince segundos por delante de su madre, y desde su posición en el futuro de su madre (porque esto es un futuro, aunque solo suponga quince segundos), con el conocimiento allí adquirido, está en condiciones—porque también comparte el tiempo presente de su madre—de anunciarle lo que sucederá en breve. No ofrezco ninguna solución. Solo estoy demostrando las complejidades del Tiempo en esa pequeña escena.

Hay otras cartas que he puesto aparte como posibles ejemplos de FIP. Un hombre compra una linda casa en las afueras de Londres. Una tarde, poco antes de formalizar la compra, lleva a un pariente para examinar el exterior de la casa. Cuando se marchan, él se vuelve para contemplarla de nuevo, y empieza a temblar de pies a cabeza, cosa que no le ha sucedido jamás hasta entonces. No obstante, compra la casa y se instala en ella. Durante los seis años que permanece allí, su esposa sufre cuatro abortos, mueren seis parientes cercanos y, habiendo sido estafado por su socio en los negocios, tiene que declararse en quiebra.

Otro caso. Una doctora de edad avanzada escribe para decirme que, hace muchos años, era cirujano residente de un hospital, sujeta a cualquier llamada telefónica durante la noche. Vivía en un piso separado del edificio principal, y, si se apresuraba, tardaba unos cinco minutos en llegar a sus salas. Reproduciré aquí sus propias palabras:

En aquellos días, dormía yo como un tronco y apenas estaba despierta cuando hablaba con la hermana de noche, si me llamaba por teléfono. Sin embargo, una noche me desperté plenamente cuando ya estaba vistiéndome. Estaba de pie junto a la mesa de tocador, poniéndome las prendas sin prisa. Consulté el reloj. Eran las 2,30. Me puse la bata y luego cogí un abrigo del armario. Saqué una linterna de un cajón y me dirigí a la puerta de la habitación. Ya estaba completamente despierta, pero aún no percibía que hubiese algo raro en aquella situación. En el momento en que hacía girar el picaporte de la puerta, el teléfono cobró vida a la cabecera de mi cama. Oí a la hermana de noche rogarme que fuese inmediatamente a mi sala. En respuesta, dije: «Se trata de Mr. Jones, ¿verdad?» Una hermana asombradísima salió a recibirme a la puerta de la sala. Le sorprendía verme vestida y que hubiese llegado en un tiempo record. Aún estaba más sorprendida por el hecho de que hubiera mencionado yo el nombre del paciente. Y lo que más la sorprendió